

CONSERVANTISMO Y NEO-CONSERVANTISMO A LA SOMBRA DEL MARXISMO

por ALFRED SHERMAN*

Debo empezar con una apología y una advertencia. No soy un intelectual o un académico, sino un periodista y un asesor político. Los intelectuales generan ideas, los académicos las reproducen y las sistematizan. Obviamente, también existen algunos cuantos académicos aquí y allá que también generan nuevas ideas, pero constituyen una pequeña minoría entre la multitud de académicos. Cualquiera que esté familiarizado con el quehacer académico comprenderá el porqué: los pensadores originales pocas veces consideran los confines jerárquicos de las universidades como un medio propicio.

En cambio, los periodistas y los políticos —o los parapolíticos como en mi caso— son consumidores de ideas, de teorías y de estructuras conceptuales. Nosotros nos movemos dentro de un marco de ideas y de creencias que heredamos. Las ideas pueden ser explícitas o bien implícitas; las creencias son por naturaleza implícitas y no están sujetas a un cuestionamiento. Cada cierto tiempo, nosotros, los usuarios de las ideas, nos damos cuenta de la inadecuación de las que manejamos. Este darnos cuenta generalmente deriva de causas pragmáticas. Uso el término pragmático en su sentido verdadero de juzgar las ideas por sus resultados, no en el sentido filisteo que ahora usan los políticos del Partido Conservador y las personas semi-letradas de los medios de comunicación, en los cuales éste ha pasado a significar sencillamente dejar de lado las ideas y actuar ciegamente.

La adecuación del conjunto de ideas que están a nuestra disposición es un factor que influye mucho en la determinación del fruto de nuestros esfuerzos. No estoy afirmando que sea el único factor. La responsabilidad por el éxito o por el fracaso de cualquier grupo, facción o partidarios de una filosofía, se en-

*ALFRED SHERMAN; Asesor del gobierno británico y ex Director del Centro de Estudios Políticos de Londres.

cuentra en parte en sus propias manos. Nuestro éxito en restaurar y mantener la libertad y el orden en la sociedad dependerá del grado de brío intelectual, moral y político de que demos prueba en la búsqueda de ideas adecuadas y en el cuestionamiento de las ya existentes, sin temor a hacernos impopulares, a quedar en ridículo o a que nos ocurra algo peor al atrevernos a pensar, a hablar y a actuar. La consigna que llevo en mi escudo de armas es la siguiente: *“cogitare qui audet omnia audebit”* (quien se atreva a pensar se atreverá a cualquier cosa).

Pero por muy audaces que seamos, a menos que tengamos acceso a un conjunto de ideas que iluminen nuestras circunstancias y que nos ayuden a trazar nuestro camino hacia adelante, existen estrechos límites que restringen aquello en lo que podemos cifrar nuestras esperanzas. Si en Inglaterra nosotros hubiésemos tenido acceso a un mejor conjunto de ideas, el socialismo y la decadencia social habrían ganado menos terreno, y nuestros contratos habrían tenido más éxito. Con toda seriedad, yo sostengo en consecuencia que las deficiencias básicas del conjunto de ideas disponibles son una de las causas principales de los reveses que sufren cada vez más en nuestros días las sociedades avanzadas, por una parte, y, por otra, de los traspiés que hemos tenido aquellos de nosotros que podríamos haberlos solucionado. Casi todas las sociedades libres han estado sujetas a los mismos procesos: hipertrofia del Estado; disminución de las libertades personales; merma de la espontaneidad y de la vitalidad de la sociedad civil. Todas nuestras sociedades han estado sujetas a la marxificación del conjunto de ideas, no menos aquellos que se horrorizarían si les dijeran que han sido marxificados (más adelante retomaré este tema).

Sin embargo, antes de desarrollarlo, haría bien en tratar las ambigüedades inherentes a las palabras con las que hilvanamos nuestros pensamientos. El término conservantismo significa cosas diferentes en lugares diferentes y en épocas diferentes. Sus usos tienen algo en común: es un término reactivo. Como quiera que se lo defina, el conservantismo siempre emerge como reacción frente a movimientos e ideas innovadoras: por ejemplo, el liberalismo, el radicalismo, el socialismo y el fascismo. Tiene algo en común con el término *“lego”*, en el hecho de que se lo define por lo que no es. Mientras no se produzca el im-

pacto de esa fuerza como reacción frente a la cual emerge el conservantismo, el conservantismo latente no tiene conciencia de sí mismo; se lo da por sentado y se da a sí mismo por sentado.

Para usar la terminología de Ortega, el conservantismo permanece como un cuerpo implícito de creencias hasta que la necesidad de defenderse de las ideas contrarias lo obliga a conceptualizarse. Por lo tanto el conservantismo explícito y consciente de sí mismo es relativamente un rezagado en el escenario de las ideas, a pesar de que estaba en él desde el comienzo sin ser visto y sin ser oído, como la prosa de M. Jourdain, hablada desde hace mucho tiempo, pero reconocida solamente en contraposición con la poesía. En su sentido europeo clásico, el conservantismo se encarnó en la Santa Alianza. Representaba a la dinastía, en oposición a la nación-estado, a los intereses de los terratenientes, a la Iglesia y a las Fuerzas Armadas, a la Familia y a la subordinación de la actividad económica privada a lo que se consideraba el bien del Estado. En el conservantismo clásico, todas las libertades eran sospechosas ya que amenazaban la estructura totalmente interdependiente. Quitese un ladrillo y quién sabe qué pasará. O, expresado en la ecuación de Maquiavelo, la anarquía es considerada como una amenaza mayor que el despotismo.

El conservantismo clásico emergió en su forma autoconsciente como reacción frente a la Revolución Francesa y frente a Napoleón, y posteriormente frente a los movimientos nacionales y constitucionales que siguieron. Subsistió para enfrentarse al liberalismo. No logró adaptarse al cambio tecnológico y social y al clima cambiante de ideas. Por consiguiente no logró asimilar lo bastante de las nuevas élites a sus estructuras. Y por lo mismo no pudo resistir el impacto de la Primera Guerra Mundial.

En Gran Bretaña, la secuencia fue esencialmente diferente. El conservantismo a la europea fue derrocado y suprimido durante el siglo XVII. Los Estuardo representaban el derecho divino de los reyes y el conformismo religioso, y fueron derrocados por sus errores. El asentamiento de los Whig no fue ni conser-

vador ni liberal en el sentido europeo. Este reemplazó el derecho divino por el equilibrio constitucional. Subordinó la Iglesia y las Fuerzas Armadas al Parlamento, permitió que existiera una amplia libertad comercial e intelectual como males menores y facilitó la absorción de las élites emergentes en la estructura de poder.

La denominación de conservantismo surgió en Gran Bretaña a mediados del siglo XIX en circunstancias muy diferentes de las europeas. Fue concebida para defender lo que quedaba del asentamiento Whig original contra mayores erosiones por parte del liberalismo y del radicalismo que habían madurado bajo su alero protector. Omite la breve reacción simbolizada por Castlereagh contra la Revolución Francesa, ya que fue de corta duración y dejó pocos frutos permanentes.

El conservantismo europeo fue mucho más duradero que su equivalente inglés, pero al precio de ser más frágil. Las dinastías europeas representaban una cosmología, "*cujus regio ejus religio*"(1). Cuando el fervor religioso era minado quedaban privadas de un elemento vital. Ellas estaban estrechamente vinculadas con la defensa. Los Habsburgos lograron retener la lealtad de sus súbditos eslavos, magiares e italianos mientras fueron vistos como la única defensa contra los ataques de las hordas musulmanas turcas. Todas las clases consideraban que no existía nada peor que su ciudad o su país se encontrara en guerra. El ocaso del Imperio Otomano privó al Imperio de un elemento vital y evidente en su razón de ser en el momento en que el desarrollo de la enseñanza y de la burocracia habían despertado sentimientos nacionalistas culturales seculares que tomaron forma política.

Las otras virtudes integrativas del Imperio sólo serían comprendidas cabalmente en ausencia de las mismas después de que los imperios fueron disueltos. En cambio, los ingleses no vieron en los Estuardo a los defensores del reino, sino, por el contrario, los consideraron propensos a conspirar con los monarcas católicos absolutos de España y de Francia contra las libertades de los ingleses.

(1) *De tal país, de tal religión. Máxima latina que enseña que el hombre pertenece generalmente a la religión que domina en su país. (N. del T.).*

El conservantismo británico se basó en la doctrina del equilibrio de poder entre el monarca y el Parlamento (bastante parecido al equilibrio existente actualmente entre el Presidente y el Congreso de los Estados Unidos). No reconocía ninguna clase como tal, es decir, clases con diferentes derechos frente a la ley, con la excepción de los derechos políticos de la Cámara Alta, que sin embargo en esa época eran similares a los de la Cámara Baja. En tanto que el conservantismo continental se oponía al liberalismo, al nacionalismo, a las doctrinas sociales revolucionarias de diversa índole, al anticlericalismo militante o al secularismo y al republicanismo, el conservantismo británico aceptaba gran parte del liberalismo, favorecía la monarquía constitucional y era partidario de mantener bajo control a la religión. Gracias a la composición étnica básicamente homogénea de Inglaterra, el conservantismo británico tenía únicamente un solo problema nacional serio: los irlandeses.

Varios grupos conservadores de Gran Bretaña que tienen inclinaciones socialistas han estado escribiendo de nuevo la historia reciente con el objeto de demostrar que los Tories británicos siempre se opusieron a las ideas económicas liberales y se mostraron partidarios de una intervención masiva del Estado del tipo que posteriormente introducirían los socialistas. En realidad esta tesis no tiene ningún asidero. Edmund Burke, quien ahora es sindicado como el santo patrono del socialismo Tory por los políticos semi-intelectuales socializantes y por los periodistas que nunca han llevado su adoración por Burke, tan lejos como para leer sus obras, elogió específicamente “La riqueza de las naciones” de Adam Smith. Burke había sido un destacado Whig que no renunció a ninguno de sus principios Whig cuando se alineó políticamente con los Tories. La esencia de su teoría política radicaba en la espontaneidad del proceso social dentro de un marco constitucional que le sirviera de apoyo. La tesis de Adam Smith según la cual el quehacer económico era el resultado no buscado e imprevisto de millones de acciones individuales se ajustaba a la filosofía social de Burke y la reforzaba.

La diferencia entre los liberales británicos y los Tories unidos a los conservadores en el segundo y en el tercer cuarto del siglo XIX —cuando las instituciones políticas británicas asu-

mieron su forma moderna— fue tanto un asunto de temperamento como de doctrina. Los liberales estaban seducidos por las ideas, y deseaban aplicarlas; para ellos, cambio, reforma y progreso eran sinónimos. Los conservadores sospechaban de las ideas y temían que el cambio pudiera ser fácilmente para peor. Los liberales deseaban dar una nueva forma a las instituciones con arreglo a un principio racional, en tanto que los Tories sostenían que debía haber una buena razón para todo lo que existía y que el cambio podía crear nuevas anomalías. Pero una vez que las ideas se hubieron convertido en ortodoxia y los cambios habían sido introducidos, los conservadores tendieron a aceptarlos y a internalizarlos.

Después de que hubo pasado el sentimiento reaccionario que provocó la Revolución Francesa y las Guerras Napoleónicas, los liberales llegaron al poder en Inglaterra. Ellos habían abrazado las ideas económicas liberales con un fervor teológico que hacía recordar el cristianismo evangélico de sus predecesores lineales. Ellos eran la encarnación de la época de las Reformas. Los conservadores se dejaron arrastrar por ellos; nunca opusieron demasiada resistencia, sólo querían disminuir el paso y moderarse. Después de todo fue un Tory el que abolió las Corn Laws, gran grito de combate de los liberales. D'Israeli hizo una virtud de la adopción de medidas al estilo de los Whig con el objeto de comprar popularidad.

Fueron los liberales quienes dieron un viraje de ciento ochenta grados en el transcurso del siglo XIX. En el último cuarto de siglo, su entusiasmo por el *laissez faire* cedió ante un entusiasmo igual y opuesto por la intervención del Estado. Ello en parte como reacción ante la disminución del crecimiento económico de Gran Bretaña así como frente al hecho de que Inglaterra se rezagara con respecto a Alemania y a los Estados Unidos, y en parte debido a factores culturales y psicológicos más profundos que todavía no han sido elucidados totalmente. La Joint Stock Companies Act de 1844 presagió que las firmas empresariales presididas por una familia dejarían su lugar a las compañías limitadas que dieron origen a las burocracias jerárquicas de abogados y de políticos. Las escuelas públicas y las antiguas universidades transformaron a los hijos de las familias

pertenecientes a la clase empresarial en “*gentlemen*”, con lo que reimpusieron el antiguo esnobismo y su manifestación económica. Una vez más, “estar en el comercio” fue menos respetable que los servicios y las profesiones.

Este cambio pareció afectar todo el pensamiento social. El impacto lo sintieron antes y con más fuerza los liberales que tradicionalmente tenían una fuerte base en las clases urbanas industriales. En tanto que en el siglo XVIII y a comienzos del siglo XIX el radicalismo había sido entendido como el esfuerzo por disminuir el poder del Estado, en el último cuarto del siglo XIX éste había pasado a significar aumentarlo de nuevo. El modelo de los nuevos radicales no era ni Estados Unidos ni Suiza ni la Revolución Francesa, sino la Alemania de Bismark. Las victorias militares de Bismark y la forma en que su legislación social parecía haberle cortado las alas a los socialistas inspiraba la emulación.

La creencia de Bismark de que la batalla de Sadowa contra los Habsburgos había sido ganada por el pedagogo prusiano inspiró la British Education Act de 1870. Esta Acta resultó ser el primer paso en un proceso que transformaría la educación en una industria nacionalizada y que disminuiría cada vez más la calidad de la misma. Básicamente los sectores más desposeídos de la población serían quienes sufrirían más las consecuencias. Los planes de desempleo y de pensiones del canciller alemán fueron imitados por los liberales. Además, hicieron que el Estado interviniera en la construcción de viviendas, colocaron a los sindicatos por encima de la ley, y fueron los primeros en proponer la nacionalización de algunas industrias alicaídas, como la minería del carbón.

El proceso ideológico mediante el cual el liberalismo del siglo XX se convirtió en algo diametralmente opuesto, en el espacio de un par de generaciones, sin tener conciencia de la transformación que había experimentado, es una curiosidad histórica que ha recibido mucho menos atención de la que se merece. El proceso queda reflejado en las obras de los dos Mills, padre e hijo. Las opiniones diferirán en lo relativo a dónde, cómo y por qué se produjo el fatídico viraje. A mi entender, el proceso tuvo su origen en el utopismo de los primeros reformadores liberales.

De una lectura mal asimilada de Adam Smith, que siguió siendo empírico, escéptico y algo pesimista, los radicales del primer y del segundo cuarto del siglo XIX creyeron que habían dado con la piedra filosofal del pensador, la fórmula para acceder a una sociedad cualitativamente nueva que dejaría atrás el imperfecto mundo antiguo. Cuando la fórmula no funcionó, buscaron fórmulas alternativas. Los conservadores siguieron sus pasos, abrigando sospechas y de mala gana, pero reacios a oponerse abiertamente por miedo a enemistarse con el nuevo electorado. El auge del estatismo liberal allanó el camino para los laboristas que preconizaban un socialismo declarado que era la encarnación de todos los antagonismos existentes entre las clases. La alianza entre liberales y laboristas, que había hecho que el Labour Representation Committee de los sindicatos formara parte de la estructura liberal, cedió terreno ante el Partido Laborista, que finalmente devoró a sus parientes liberales y que a su vez fue controlado en gran medida por los marxistas. Los conservadores se dejaron arrastrar renuentermente por este proceso durante décadas.

Las dos guerras mundiales fueron también poderosos motores que impulsaron el socialismo estatista. Con el objeto de estimular el entusiasmo de las masas por la guerra, se hicieron promesas que en realidad no se habrían podido cumplir aun cuando la sociedad no hubiese estado empobrecida por la guerra: "viviendas para los héroes", "pleno empleo", "bienestar para todos".

Un efecto de cadena comenzó a operar. La economía crecía lentamente debido a la sobrecarga de impuestos y al restriccionismo de los sindicatos, de modo que el empleo y las rentas disminuyeron. Los gobiernos intervenían para tratar de acelerar el crecimiento económico y para inyectar algunas dosis de utopía. Los recursos que ellos desperdiciaron en el tratamiento de los síntomas empeoraron irremediablemente la carga que debía soportar el sector productivo de la economía, que entonces empezó a crecer más lentamente.

Cambió la naturaleza de la economía. Las leyes económicas aducidas por Hume, por Adam Smith y por otros economistas clásicos, sólo podrán operar cuando la sociedad civil disfru-

taba de un amplio grado de independencia con respecto del poder político coercitivo sobre los recursos. Pero en la Inglaterra de fines del siglo XIX, el avance del sufragio universal invirtió la merma del alcance y de la magnitud del poder del estado que habían dado forma a la vida Británica a contar de la gloriosa revolución de 1689. En palabras de Ortega y Gasset, el "hombre masa" exigía que sus deseos fueran satisfechos a través del Estado. Pero el Estado fortalecido procedió a su manera.

La ciencia económica, que había sido una homillía documentada sobre la insensatez de la intervención estatal, se adaptó a las nuevas circunstancias. Hoy en día, la mayoría de los economistas se ganan la vida o se hacen de prestigio directa o indirectamente asesorando, orientando e implementando la intervención del Estado, o bien haciendo que sus clientes industriales y sus empleadores sepan adaptarse a dicha intervención. Pocos se sienten inclinados a morder la mano que los alimenta. Hay un fantasma en la maquinaria; el comportamiento se ajusta a las exigencias del sistema. El estatismo generó sus propias formas de conducta, sus códigos y sus ideas. El afecta no sólo a los economistas, sino también a los políticos, a los administradores, a los académicos, que no se dedican primordialmente a la investigación sino que son burócratas apoyados por el Estado, y en general a lo que nosotros llamamos las clases políticas.

La política se ha transformado en la profesión que consiste en competir por comprar votos con promesas. No era así como la veían los participantes. Pero era la forma en que se manifestaban los imperativos de la contienda política entre las maquinarias profesionales de los partidos. La política había dejado de ser un deporte de caballeros para convertirse en una lid entre profesionales, en la cual había intereses personales en juego. Para dar un ejemplo, a mediados de la década del treinta, el entonces Primer Ministro Neville Chamberlain señaló a una delegación de sindicalistas que había ido a pedirle que hiciera algo para disminuir la cesantía ya que al gobierno le era tan imposible controlar el nivel de empleo, como controlar las condiciones meteorológicas. Sólo seis o siete años después, el gobierno de coalición de tiempo de guerra encabezado por los

conservadores publicó el famoso White Paper, en el que prometía un nivel de empleo alto y estable, a pesar de que no tenía la menor idea de cómo alcanzaría ese objetivo. Tal compromiso llevaría a Inglaterra a la quiebra.

Y lo que es peor, acarrearía una seria corrupción intelectual. Como Ortega y Gasset lo había previsto, la carga de la intervención parasitaria del Estado no sólo debilitó la economía y otras manifestaciones materiales de la sociedad, sino que además minó sus manifestaciones espirituales e intelectuales. La vitalidad del pensamiento político fue reemplazada por el conformismo y por la obediencia para con el nuevo amo, el hombre masa. La politización de la economía condujo irremediablemente a la "economización" de la política, es decir, la línea política de los partidos y la atención del gobierno estuvieron dominadas por consideraciones de índole económica. En su esfuerzo por destruir la quimera del bienestar económico generado por el Estado, los gobernantes se quedaron sin la energía intelectual suficiente o bien no tuvieron tiempo para dedicarse a materias más importantes, tales como la defensa del mundo libre, de la identidad nacional y de la cultura política, de la moralidad cristiana y de los valores y derechos comunes de los ciudadanos.

Los males que ocasionó a Inglaterra la importación deliberada de millones de personas oriundas de culturas totalmente extrañas y en su mayoría atrasadas todavía no han sido documentados sistemáticamente. Ahora se usa dicha importación humana como el pretexto para proscribir la cultura y la identidad nacional inglesa, reemplazándola por lo que se ha dado en llamar educación "pluricultural", en la cual se pone a los dialectos caribeños y bengaleses a la par con el inglés, y se coloca la historia de esas regiones en un mismo plano con la historia de Gran Bretaña, que es descrita como un imperialismo voraz y opresivo. En muchas entidades docentes, en especial en aquellas controladas por los marxistas, se envían hordas de funcionarios "antiracistas" para que reformulen los programas de estudio, y para que examinen las materias y los métodos de enseñanza. La oposición ha sido silenciada con amenazas, con despidos, con manifestaciones organizadas conjuntamente por hordas de estudiantes marxistas, por grupos étnicos, y mediante otras tácticas afines.

Cada vez más, se fue haciendo evidente que existía toda una gama de verdades que, desde el punto de vista político, no era conveniente enunciar. Se había prometido empleo para todos; en consecuencia, políticamente era inaceptable cuestionarlo o siquiera definirlo. La gente sabía que a muchos de los cesantes no se les podría encontrar un empleo, o que muchos de ellos no tenían el menor deseo de trabajar si podían evitarlo. La gente sabía que muchos de los pobres eran irresponsables y tendían a delinquir, y que muchos sindicalistas están movidos por resentimientos y por el odio al progreso. La gente temía que las políticas de bienestar excesivamente laxas y generosas generaran el parasitismo social a una escala que amenazara no sólo la economía sino también el orden social. La gente reconocía que las políticas educacionales basadas en la creencia de la igualdad perjudicarían a todos y que eran limitados los pozos de talento que se podían explotar. La mayoría de los ingleses estima que la inmigración masiva de la gente oriunda de los países pertenecientes a la Commonwealth y a otras naciones fue una calamidad.

La idea de que el Estado es responsable del bienestar material de los individuos, al punto de proporcionarles una renta mínima no inferior a cierto promedio, de proporcionar vivienda, transporte, entretención y horas de esparcimiento, entre otras cosas, es relativamente nueva en la historia de la humanidad. Ciertamente, los atenienses y los romanos jugaron con una modesta variante de esta idea, pero con resultados que no la hacían recomendable a los herederos de la cultura greco-romana. Las grandes religiones preconizaban la virtud de la caridad, pero ésta se basaba en una necesidad física mínima, y no incluía los televisores en color, los automóviles o las casas con calefacción central y con otros accesorios mínimos establecidos por la ley que se encuentran fuera del alcance de muchos ciudadanos que se sacrifican mucho para mantener sus hogares.

El desarrollo del poder del Estado como el benefactor del hombre masa ha tenido consecuencias de largo alcance en el clima intelectual. Una marxificación progresiva se ha instalado en las bastillas del estatismo y de la masificación del hombre. Esto se extiende mucho más allá de los límites de cualquier categoría de marxistas declarados, de cripto-marxistas y de otros

simpatizantes, cualquiera sea la amplitud con que se los defina, hasta incluir a gente que se sentiría horrorizada de que la acusaran de reproducir el dogma marxista. Los efectos del marxismo se pueden observar en parte en la aceptación no cuestionada del determinismo materialista; por ejemplo, sin cuestionamiento, se considera que la pobreza, la cesantía y la “injusticia social” son las causas principales de la delincuencia, a pesar de todas las pruebas conocidas y del razonamiento lógico. La creencia en que todos los males de la humanidad pueden ser abolidos por la intervención del gobierno y si el gobierno es propietario de los medios de producción, de distribución y de intercambio se originó con el marxismo y sin él se desploma.

Existe una gran diferencia no sólo entre lo que la gente piensa y lo que la gente dice, sino además entre lo que la gente piensa y lo que la gente piensa que debería pensar. Esta autocensura ha actuado como la avanzada no violenta de la dictadura del proletariado. El proceso se ha visto intensificado por la decadencia de la Fe cristiana como un elemento de la cultura política británica contemporánea. Aunque la cultura política de Inglaterra fue forjada por el cristianismo en general y por el protestantismo en particular, un siglo de secularización ha destruido grandemente elementos tales como la resignación, que se basaba en la creencia consciente e internalizada en otra vida que es moldeada por la forma en que nos comportamos en este mundo.

El ex pensador marxista polaco Leszek Kolakowski hizo una interesante observación relativa al escenario europeo oriental y soviético que es aplicable a Gran Bretaña, *mutatis mutandis*, con menos cosas que cambiar de lo que pareciera a primera vista. El sostenía que el comunismo carece de una escatología que justifique el sufrimiento actual, la pobreza, los bajos niveles de vida, el trabajo excesivo, las injusticias, los campos de re-adoctrinamiento, el miedo que se siente en todos los ámbitos y los otros males a los cuales está sujeta la gente que vive en regímenes comunistas. Que estos sufrimientos son necesarios para acceder a un futuro brillante de la humanidad —aunque se admite acto continuo que en realidad no eran necesarios o que incluso eran contraproducentes— no da respuesta a la pregun-

ta de por qué Ivan Ivanovich debe sufrir ahora si él no disfrutará del glorioso futuro. Pero, ¿acaso no es válida esta gran interrogante en la Inglaterra post-cristiana, y acaso no es cada vez más válida a medida que aumenta el poder del Estado?

Ciertamente, por primera vez en la historia, la gente muy desposeída constituye una minoría, y los acomodados la mayoría. Pero a pesar de los grandes avances que debemos a la pequeña, innovadora y trabajadora minoría que pone en práctica sus ideas, la vida de la mayoría sigue siendo muy sacrificada. La televisión les muestra un mundo lujoso, glamoroso y apasionante en el cual ellos no viven. Sin la resignación cristiana, ellos necesitan contar con un gran dominio de la filosofía política para poder comprender que el orden social en el cual se desenvuelven proporciona mejores resultados para ellos que las alternativas conocidas, y que el camino hacia el progreso se encuentra en una dirección diametralmente opuesta a la que proponen los socialistas de toda índole, entre ellos los llamados “moderados”, social demócratas y socialistas Tories. Se ha hecho muy poco para disipar sus dudas y llevar esta realidad a sus hogares. A la fecha, la lucha de ideas ha sido unilateral. El ataque contra el estatismo, cuando se produjo, no sacó fuerzas principalmente de las ideas.

Discrepancias con el término “Neo”.

Acabo de describir el medio en el cual emergió lo que ahora llamamos neo-conservantismo. El término —que me ha sido aplicado, entre otros— no es de mi elección, y no estoy contento con él. En primer lugar, el conjunto de ideas con el cual ha sido asociado el actual movimiento político y de opinión no justifica el prefijo “neo”. Si hay algo nuevo en él, es muy poco. Se trata en general de una reformulación de ideas que una vez predominaron y que no habían sido aprendidas o bien se las había descartado como pasadas de moda. Con esto no queremos denigrarlas; todas las ideas nuevas no son necesariamente buenas; a menudo resulta valioso volver a formular o volver a aprender las ideas correctas. Pero la reformulación de ideas antiguas, por oportuna que sea, es pocas veces suficiente, ya que habrán emergido nuevos problemas que requerirán una solución y habrán surgido nuevas falacias que es preciso refutar.

Todos aquellos a quienes se los tacha de neo-conservadores no son necesariamente conservadores. Pese a que el movimiento buscó aliados entre los conservadores, entre otros, y encontró algunos, estén o no movidos por convicciones o por conveniencia político-partidista, éste no se limitó a los conservadores. Muchos de sus primeros partidarios fueron socialistas y liberales. El que uno quiera o no llamarlos ex socialistas dependerá de la amplitud de la definición de socialismo que uno maneje. Quienes han sido comunistas son definitivamente ex comunistas, en tanto que los liberales siguen siendo liberales. Los socialistas que cuentan en sus filas con ex socialistas sostienen que el socialismo, en la forma en que ha evolucionado, no ha podido materializar los ideales en nombre de los cuales éste operaba.

Lo que se califica de neo-conservantismo contiene un fuerte elemento de liberalismo económico. No hago esta observación por puro afán de criticar. Pero el liberalismo económico se desarrolló como parte de una visión del mundo más amplia, muchas de cuyas concomitantes filosóficas, sociales y políticas son inaceptables para los conservadores. Ciertamente, ellas constituyen una base insuficiente como para transformarse en una orientación general que permita reemplazar el socialismo. El liberalismo económico dominó la mayor parte de un siglo y luego su influencia decayó. Aun cuando el haber presenciado el desastroso fracaso de la subsiguiente experiencia del intervencionismo le dio un renovado impulso, su reformulación en sí misma no basta para echar a andar un movimiento. Un movimiento de reforma en primer lugar debe analizar las causas humanas e históricas que condujeron al progresivo abandono del liberalismo económico, en lugar de sencillamente ponerse a lamentar dicho abandono.

Además, debe vincularse con una cosmología más amplia, si pretende engendrar las pasiones capaces de transformar las ideas en acciones reales. Muy pocas veces el liberalismo económico ha tenido éxito en generar tales pasiones. Sus pocos éxitos en el transcurso de la historia mundial dominada por el despotismo los logró cuando se vinculó con otras ideas capaces de suscitar pasiones: la Reforma Protestante en Inglaterra y en Holanda; la liberación nacional en las colonias norteamericanas.

canas, en los países Bálticos del período comprendido entre las dos guerras mundiales, en el Singapur de la post-guerra y en Taiwán después de 1950. La gente está dispuesta a morir y a matar por la Cruz y sus diversas versiones, por la media luna del Islam, por la nación, por el rey, por el imperio, por el emperador, por la revolución o por el credo marxista. Pero el mercado libre o el producto nacional bruto no inspiran ese tipo de fanatismo fervoroso.

Como muchos movimientos que registra la historia, incluidas las revoluciones, el neo-conservantismo no se originó primordialmente de ideas, si bien en cada fase las ideas jugaron cierto papel en él. En lo que a la experiencia británica respecta, las pocas ideas con las cuales ha sido asociado no son nuevas ni coherentes, sino conocidas desde hace mucho tiempo. Lo que les dio una renovada vigencia política fue la opinión generalizada de que tanto el socialismo como el Butskellismo habían fracasado, y que el socialismo tachado de moderado estaba allanándole el camino a la variedad no moderada y revolucionaria.

El Butskellismo —denominación tomada del ideólogo conservador de convergencia R.A. Butler y del sucesor de Atlee en la dirección del Partido Laborista— había sido considerado como un compromiso entre la práctica y la teoría conservadora del período comprendido entre las dos guerras mundiales, en ese orden, y la práctica y la teoría laborista de post-guerra. El thatcherismo es producto de un sentimiento reactivo. Este comenzó con la toma de conciencia de que la sabiduría colectiva del asentamiento de post-guerra había fracasado. En él se consideró dañino el crecimiento excesivo del Estado, si bien faltaba aducir una teoría concertada relativa al papel que cabía al Estado o una estrategia para contrarrestarlo. El hecho de que la participación del Estado en la economía como un todo ha seguido creciendo después de 1979, a pesar de que la señora Thatcher ha criticado explícitamente las dimensiones que alcanzaba tal participación antes de esa fecha, se ha debido a diversas causas. En primer lugar, cabe señalar la dificultad real para revertir una tendencia que se ha estado acelerando desde comienzos de siglo. En segundo lugar, si bien la señora

Thatcher fue elegida a la dirección del Partido Conservador a comienzos de 1975, ello no significó que una mayoría del Partido Parlamentario, para no hablar de su directiva y del "establishment" conservador del país, la aceptaran.

En general, la administración pública se muestra hostil a las reformas, ya que la estructura de su carrera ha sido construida en base a la intervención, "una empresa mal administrada trae más regocijo al Departamento de la Industria que 99 empresas bien administradas". Una buena parte del sector industrial y financiero se opone a las reformas, ya que sus miembros dependen de la variada gama de subsidios del gobierno, sean éstos directos o indirectos, abiertos o solapados, o bien de las compras que realizan los departamentos gubernamentales y la industria nacionalizada. Las grandes empresas burocratizadas dependientes del respaldo del gobierno, que tienen a ex políticos y a ex burócratas en sus juntas de directores, desempeñan un papel más importante en la política industrial que los representantes de las firmas empresariales que tienen que valerse por sí mismas.

El impacto relativamente reducido del gobierno de la señora Thatcher en la vida diaria de Gran Bretaña se ha debido también a la falta de teorías adecuadas relativas a la naturaleza y a las causas de la hipertrofia del Estado, así como a la carencia de una metodología que permita estimular el cambio social con el objeto de superar los resultados de este proceso. Aunque haga prueba de la mejor voluntad del mundo, al historiador de las ideas y de las directrices político-económicas le resultará difícil deducir una filosofía coherente de las tendencias neo-conservadoras de Gran Bretaña.

Fuera del hecho de que existe un consenso en que es conveniente que el Estado intervenga menos y el sector privado participe más, se sigue echando de menos un punto de vista común relativo al papel del Estado, al tipo de sociedad que se desea o al fundamento teórico de una estrategia general —esto es, económica, política y psicológica— sobre la desestatización. A la fecha, el gobierno y muchos de sus partidarios parecen estar de acuerdo en que el Estado debe proporcionar educación prácticamente para todos —desde el jardín infantil hasta

los estudios de post-grad— sin que se haya llevado a cabo ningún intento serio por tratar de comprender la incompatibilidad inherente entre este estado de cosas y una sociedad libre. La progresiva nacionalización del sistema educativo, acelerada desde la Education Act de 1944 aprobada por el gobierno de coalición de tiempo de guerra, ha tenido como consecuencia que se tripliquen los costos de la educación a pesar de que ha bajado la calidad de la misma. Sin embargo, sencillamente se pasa por alto a la pregunta de si es posible revertir tal deterioro sin recurrir a la desnacionalización. El hecho de que la mitad de la capacidad de transmisión de los canales de televisión y de las estaciones de radio sea propiedad del Estado y de que la otra mitad esté bajo el control estatal preocupa a muy pocos conservadores y no incomoda a la totalidad de los neo-conservadores.

No existe ninguna teoría económica relativa a los recursos que sea aceptada por todos. Muchas de las declaraciones de ciertos ministros retienen grandes dosis de keynesianismo, la creencia de que el gasto en infraestructura financiado por el gobierno es necesario para crear empleo. Buena parte del presupuesto es destinado a subsidiar empleo improductivo; por ejemplo, en los sectores ferrocarriles, carbón, acero, construcción naval y automóviles. Aunque el gasto fiscal sin precedente en vivienda, en nuevas ciudades y en el desarrollo del sector céntrico de éstas ha resultado en un marcado deterioro de dichas áreas, existen planes para invertir aun mayores recursos. Las deficiencias evidentes del servicio de salud nacionalizado y la merma de los niveles de salud de los grupos de ingresos más bajos durante los últimos treinta años no han logrado hacer que se reconsidere la nacionalización de la salud.

La privatización no es sinónimo de desnacionalización. A la fecha ella ha consistido en vender empresas rentables, ya sea que la rentabilidad de las mismas fuera auténticamente comercial o bien basada en un monopolio y en un monopsonio estatales. Los dineros obtenidos han sido usados en su mayor parte para financiar el gasto fiscal actual sin elevar los impuestos a niveles políticamente inconvenientes. Ello deja intactos la proporción de recursos utilizados por el Estado así como a la mayoría de las derrochadoras industrias nacionalizadas, que no

pueden ser privatizadas debido a sus enormes déficits que reflejan la falta de una orientación económica de las mismas. Estas subsisten y pasan a constituir una hemorragia económica que ninguna economía puede sobrellevar sin perder su vitalidad.

Además, proporcionan una base de poder inexpugnable a las secciones más militantes del movimiento sindical que saben que su acción no puede llevar a la firma a la quiebra y no pondrá en peligro su fuente de trabajo. Estos bastiones de los sindicatos ejercen un efecto radicalizador en todo el movimiento. Tales empresas proporcionan niveles de renta y condiciones de trabajo que ejercen una presión en el sentido de que se aumenten los salarios y de que disminuya la rentabilidad en el sector privado y, dada la lógica por la que se rigen los sindicatos, tienen como consecuencia que producen la quiebra de muchas empresas y crean más cesantía.

Muchos de mis colegas que piensan como yo, si bien reconocen las deficiencias de la privatización actual, sostienen que por lo menos constituye un paso hacia adelante, que reduce el sector público y da a miembros del sector privado una participación en la industria. Me gustaría estar de acuerdo con ellos, pero tengo mis dudas. En primer lugar, ¿puede considerársela un paso hacia adelante a pesar de que no reduce la cantidad de recursos que gasta el Estado? En segundo lugar, ¿es atinado dar a miembros del sector privado una participación financiera en monopolios y en monopsonios, cuando se sabe que esto significará que ellos podrán sentirse movidos a defender sus privilegios y a eliminar a la libre competencia cuando se les antoje?

En materias exoeconómicas no existe ningún argumento neo-conservador que sea coherente o consecuente. Hasta ahora la vertiente principal del neo-conservantismo no se ha preocupado de reconsiderar la cuestión relativa a la identidad nacional, al "pluriculturalismo", al "antiracismo" y a toda la relación existente entre la cultura política y la estructura socioeconómica. Algunos críticos del socialismo en especial ex-socialistas que le han vuelto la espalda, se muestran partidarios de una línea fuertemente nacional en materia de defensa y de identidad nacional y son marcadamente anticomunistas. Otros

liberales en el plano económico son partidarios de que se observe una línea blanda en estas materias. La primacía de la identidad nacional, de la cultura política y de la defensa tradicionalmente han sido ajenas a muchos liberales.

En el plano político, se ha prestado poca atención al problema de asegurar que la masa del pueblo otorgue un respaldo permanente a un orden social en el cual la desigualdad y la incerteza jueguen un papel amplio y crucial. La resignación, ya esté motivada por creencias religiosas escatológicas o bien por la apatía, es una cosa; preferir la aceptación activa a los credos igualitarios y a las promesas de acceder a una porción más grande de la riqueza, es otra. ¿Basta con inculcar un escepticismo relativo a los méritos del intervencionismo estatal?

Durante los primeros años de la revolución thatcheriana, algunos de los partidarios de la señora Thatcher, en especial los ex-socialistas militantes, creían que la victoria política y la libertad de acción en materias económicas podían ser conquistadas con una línea populista, en la que se hiciera hincapié en el control de la inmigración, se pusiera atajo al parasitismo social, se disminuyera el poder con el que los sindicatos manejan a los trabajadores, a los empleadores y al público, y en la que se adoptaran políticas más enérgicas en el plano legal así como en materia de orden y de defensa. Sin duda, tal línea sería popular entre las masas, si bien el que influya en ellas en el momento de una votación, dada la compartimentalización de la conducta, es harina de otro costal. Pero la mayoría de los políticos conservadores se sentirían incómodos con tales medidas, por populares que fueran entre sus partidarios, ya que la psicología de la elección política es compleja y está lejos de ser plenamente comprendida.

Esto plantea toda la interrogante de saber dentro de qué límites la política económica puede ser elaborada por los altos funcionarios y transmitida a los funcionarios de menor jerarquía. Stalin pudo hacer que sus súbditos asesinaran a veinte millones de sus compatriotas de las formas más horribles, pero no pudo echar a andar la economía; tampoco Mao, ni Pol Pot. Las políticas económicas dirigidas, semi-dirigidas, planificadas

e impuestas de la Europa de la post-guerra fracasaron. ¿Qué puede hacer un gobierno neo-conservador para vencer la resistencia institucional a la no intervención del Estado? En 1926, un gobierno conservador logró derrotar el paro general, que sólo recibió un tímido respaldo. Los sindicatos organizaron sólo a una pequeña fracción de la fuerza laboral y hubo una opinión pública lo suficientemente grande que se opuso a los sindicatos y se opuso al paro y que tenía convicciones patrióticas y de libre empresa. Esa gente se ofreció como voluntaria para guiar al país aun pese a los riesgos y a los inconvenientes. Las únicas personas que hoy en día están dispuestas a luchar contra los sindicatos son sindicatos rivales, como sucedió con los trabajadores del acero y con otros trabajadores durante la huelga de los mineros del carbón, y como sucedió con los electricistas que defendían sus nuevas fuentes de trabajo contra los trabajadores de los talleres gráficos que se habían declarado en huelga.

En suma, lo que se ha dado en llamar neo-conservantismo, y aquello a lo que ustedes denominan la nueva democracia todavía no han adquirido una forma intelectual y política. Es menester elaborar una teoría económica de no intervencionismo del Estado. Personalmente pienso que debemos conocer considerablemente mejor, empírica y teóricamente, el Estado patológico que se ha desarrollado en el mundo libre, como condición sine qua non para el diagnóstico y para la cura.

Quedan dos preguntas filosóficas más profundas que hemos ignorado en todas nuestras discusiones de los últimos años, quizás como una condición para proceder. Una es hasta dónde nuestra sociedad y nuestra cultura pueden sobrevivir ante la declinación de la religión sobrenatural en general y de la cultura cristiana en particular que les dieron sus características únicas. La otra es la medida en la cual somos capaces de dar una nueva forma a nuestra sociedad.

Sabemos de nuestro estudio de la historia que el desarrollo histórico es estocástico; surge como el fruto de los esfuerzos del hombre, pero pocas veces en conformidad con lo que éste se proponía o prefiguraba. Adam Smith y Karl Marx están de

acuerdo en este punto. ¿En qué medida nosotros, los neo-conservadores, o como quiera que deseemos llamarnos, podemos afirmar que nos encontramos por encima de esta limitante histórica? Hago la pregunta sin la intención de desalentar la reflexión y la acción, sino para aconsejar prudencia, y para que podamos consolarnos si nuestros eventuales logros no satisfacen nuestras aspiraciones.